

—Sí... aún anoche lo dijo el doctor... Y esta madrugada, un poco antes de las cinco...

—Pero, ¿ha pasado todo bien?

—¡Muy bien! Una niña preciosa que pesa seis libras ciento cincuenta gramos.

—¡Caramba! ¡Un buen peso! ¿Y la mamá, sigue bien?

—Todo lo bien posible.

—Pues felicítela usted, Julieta, en tanto que voy a verla. Felicite también al señorito Máximo, que debe estar muy contento.

A lo que respondió Julieta, textualmente, antes de colgar el receptor:

—¡Ah!... ¡el señorito!... ¡no ha pasado muchos trabajos, que digamos!

Y en esta réplica vi la protesta instintiva (afortunadamente pasajera) del sexo femenino contra ese rudo deber, de que está exento el hombre.

## CARTA TERCERA

La infancia de la infancia.—Nodriz y filósofo.—Meditación al lado de una cuna.—Pereza de ciertos educadores.—La educación debe empezar en la cuna.—Los pensamientos de Francisca II.—Historia de un botón de oro.

Cuando Francisca II (que tiene hoy un mes y dos días y pesa ocho libras y setenta gramos) era sólo un encantador proyecto, yo te hice observar, mi querida sobrina, que la niñez es una vida completa, compuesta a su vez de infancia, madurez y vejez. La relación del niño con las cosas se modifica progresivamente durante el transcurso de esos tres períodos.

De cero a siete años (poco más o menos) descubre el niño la existencia de un mundo exterior a él; permíteme este resumen verbal, aprende a «ser accionado.»

De siete a doce años, sale del estado puramente pasivo; y, al contacto de las cosas, se acostumbra «a reaccionar».

En fin, hacia los doce años, se ejercita en el papel de microcosmos o pequeño mundo voluntario, dentro del vasto mundo: aprende a «accionar».

El más curioso, el menos inteligible, y también el más conmovedor de esos tres períodos, es se-

guramente el primero. Gran dicha es para los recién nacidos que se les confie ordinariamente a robustas guardianas, de espíritu poco atormentado, y que, a las doce, no piensen en las dos de la tarde. ¡Si a esas campesinas las sustituyesen junto a las cunas, filósofos y poetas, tullidos por la angustia del misterio, desamparados por la piedad, sumidos en sus meditaciones, olvidarían, ciertamente, las horas del biberón y todas las precauciones adherentes.

Hacia yo estas reflexiones hoy mismo al pie de la cuna de Francisca II. Tú me has permitido, querida sobrina, visitarla libremente, como si fuese el médico. La sólida poitevina que cuida a Francisca II y que completará más tarde, bajo tu vigilancia, con una lactancia artificial, la nutrición maternal que tú le das, acogió con mal gesto mis primeras visitas. Después se ha ablandado, porque le hablé con una cortesía familiar, y también (ya te lo figurarás), porque usé con ella del consejo evangélico: «Ten amigos hasta en el infierno».

Pero Nounou no me trató completamente en camarada, hasta el día que, por casualidad, te dije delante de ella:

—Francisca, esta mañana he recibido una mala noticia del campo: uno de aquellos hermosos bueyes gascones que admirabas en nuestras tierras, se murió de indigestión el otoño último.

Cuando pronuncié estas palabras, vi redondearse los ojos de Nounou, olvidó un instante los pañales que tenía extendidos ante el fuego... Después he sabido que me llama «El señor que se le murió el buey». Este luto ha despertado en su alma una compasión fraternal que caldea la cordialidad de nuestras relaciones. Me tolera, y cumple

tranquilamente en mi presencia las obligaciones de su oficio.

Como decía, fui hoy a sentarme a la cabecera de Francisca II, que reposaba satisfecha. Francisca II no es uno de esos bebés ejemplares que se instalan deliberadamente en la vida para alimentarse y dormir: aún no se ha logrado hacerle perder del todo la costumbre de despertarse a media noche dando gritos. Para considerarla bien, no podría escoger momento mejor que cuando ha terminado de mamar. Tiene entonces un largo intervalo de reposo, propicio a las observaciones y a las reflexiones. Aun cuando después de su sueño digestivo abre los ojos a la luz, puede contarse con ella, durante un cuartito de hora, de serenidad y hasta de benevolencia. Pero, en seguida, ¡caramba!, depende de los días y del humor...

Francisca II, provisionalmente repleta, duerme en una cuna, que no es cuna, pues la ciencia moderna ha proscrito ese instrumento de crianza humana. En perjuicio de los poetas y de los fabricantes de melodías, el siglo XX no admite que se acune a los niños. La cuna de Francisca II es, pues, una cama como todas, reducida a las proporciones de su minúsculo individuo: es, expresamente, una cuna que no se puede acunar.

Pequeña reforma que contiene una gran enseñanza: por eso insisto en ello.

Se acunaba a los niños para que no gritasen, para calmarlos; pero los niños no lloran, como cantan los pájaros, por gusto. Gritan porque tienen hambre o porque no se encuentran bien. En vez de hacer cesar el llanto por el procedimiento paliativo del mecedor debe buscarse la causa que lo produce y remediarla... Mecer a los niños era, pues, el primer acto de esa «pereza educativa» de

la que he de hablarte mucho. Y, como todos los actos de pereza educativa, era pernicioso. El niño adquiriría una mala costumbre. Se le mecía hoy, mañana, pasado mañana, cuando iba a dormir, y acababa por no poder dormirse sin que lo meciesen...

Coloquemos, en esta ocasión, dos axiomas fundamentales.

I. La pereza de los educadores es la causa más frecuente y más grave de las educaciones deficientes.

II. La educación de los niños, debe empezarse cuando nacen.

En su cama minúscula, de barandas bastante altas para que no pueda caerse (siempre tienen la culpa los padres de que el niño se caiga); sobre su colchón y su almohada de crin, con un calentador en los pies, bien tapada, pero sin edredón, echada sobre un costado a fin de que la «regurgitación» de su alimento reciente no la agobie, reposa Francisca II.

La contemplo.

El pequeño animal humano no es solamente el más débil y el más desarmado de los animales: convén, querida sobrina, en que és uno de los más feos. Sólo la ilusión maternal logra ver bonito ese rostro arrugado, rojizo, ese cráneo periforme, cómicamente ornado de pelos largos y escasos, ese cuerpo desproporcionado, esos miembros como plegados por la anquilosis... Francisca II no se escapa de la ley general. Ya puede afirmar Nounou, en su lenguaje gascón, «que será una hermosa muchacha del género de la señora»; ya puede tu marido encontrar con orgullo el retrato de sus ojos azules bajo los párpados rojizos de

su hija; un observador imparcial, como yo, no distingue en esos rasgos elementales ninguna herencia física. Francisca II no tiene apenas ojos, ni boca, ni nariz; por ahora, no es más que cráneo, frente y mejillas. Concedo que tiene lindas extremidades; sus manos son bonitas, como ciertas anémonas marinas; pero esa belleza nada tiene que ver con la de las manos humanas, formadas... Ya ves, Francisca, Pedrito, muy perspicaz para sus cinco años, es el que ha dicho la frase graciosa en este asunto. Cuando le pusieron frente a la recién nacida, manifestó, primero, una viva sorpresa y poca atracción; después pronunció estas palabras lapidarias:

«—Se parece a la madre de la portera»...

Sabiendo que la madre de vuestra portera es una vieja somnolienta que se ve confortablemente sentada al fondo de una portería suntuosa, esta comparación no es desagradable más que en el modo de hacerla. Es mucha verdad que la primera infancia se parece extrañamente a la extrema vejez.

Mirar esta pequeña cosa informe y pensar: «Un día será mujer; es decir gracia, somnisa, flor viva; una mujer, es decir ternura y pasión; una madre, es decir la suprema encarnación de la abnegación humana.» Contemplar a Francisca II es concebir ese porvenir; ¡ah, qué conmovedora contemplación! Cabecita pelada, estarás cubierta con una mata de seda cuya vista y cuyo perfume enloquecerá a los hombres. Boquita babosa, el deseo de juntarse a ti en un beso barrerá como una ráfaga la razón de los cerebros. Manos débiles, manos que no sabéis aún para lo que podréis servir. Vuestro don significará que se ha fundado una familia, y

vuestros dedos, hoy inertes como pétalos, guiarán a su vez otros hijos por la vida.

Por ahora Francisca II no se preocupa de su existencia de mujer. Es sólo una actitud para vivir, y una inconsciente voluntad de vivir. ¿Debe decirse inconsciente? Irreflexiva sería más justo. Porque, desde su nacimiento, el animal humano, tan débil, experimenta impresiones del mundo exterior, y parecen relacionarlas con su personalidad, que empieza. Muy pronto aparece una cuádruple volición. El animal humano quiere luz, quiere alimento, quiere desembarazarse del residuo de su alimento, quiere, en fin (menos distintamente), no sentirse molestado, oprimido por los objetos que le rodean.

Esta cuádruple volición se afirma sobre todo en tu hija, en el momento de despertar. Este momento llegó hoy un poco antes de lo que se esperaba; quizás porque Nounou dejó caer la pala sobre el borde de la chimenea; más, probablemente, porque había deslizado la cabeza hacia la derecha, posición en la cual se hacía penosa la regurgitación y respiraba con dificultad. Con el despertar, lloriqueo y clamor salvaje, Nounou la vuelve sobre el lado izquierdo, y se calma momentáneamente. Transporto una silla al otro lado de la cuna; observo la carita, que se anima y hace muecas, devolviendo por los labios un poco de leche.

Sus ojos me miran: dos pequeños lóbulos, sin transparencia, bastante parecidos a los ojos vidriosos de los ancianos. Azules, si se quiere, más bien grises, de un gris de aguas revueltas. Miran, es positivo; me miran, ¿qué ven?

Seguramente los contornos, no; oposiciones de luz y oscuridad. La atracción o la repulsión del

mundo exterior, se resumen, para Francisca II, en esto—luz buena, hermosa; querer la luz—oscuro, malo, feo; odiar la oscuridad, gritar contra la oscuridad. Las pupilas de Francisca II, que apenas saben ver, siguen ya el rayo de luz o la llama de una lámpara. Y hasta ya he creído notar (quizás me equivoco, fijate tú), un esfuerzo de movimiento impotente, claro está, para alzar las manos hacia «la claridad» y cogerla y (esto sin duda ninguna) un esfuerzo de los labios para chupar la claridad, para comerla.

Hay, pues, en este animal que empieza a vivir una pequeñísima potencia mental y un debilísimo resorte de voluntad. Intentemos transportarnos con la imaginación al centro de esa mente y de esa voluntad. ¿Para qué serviría ser reputado novelista psicólogo si no se practicase con facilidad el juego de desdoblamiento? ¡Cuántas veces me he condenado a ser imaginariamente tal o cual pájara mundana!

Intentemos ser un momento Francisca II.

*Los «pensamientos» de Francisca II a la edad de un mes.*

«Hay «yo». ¿Cómo?, ¿por qué?, ¿qué quiere decir eso?... Bruma. A mi alrededor, claridad (muy buena) y oscuridad (mala) ¿Es que esa oscuridad y esa claridad forman también parte de mí?... Bruma... Hay también calor (bueno) y frío que dura poco, pero muy malo. La bruma que envuelve todo eso se espesa pronto; todo desaparece, y yo también. Ya «no hay más yo». Sueño.

»Reaparición de «yo» y de la claridad. Algo malo hay contra mí. Nadie me ha enseñado a gritar,

pero cuando grito, se va lo malo. ¡Ah! me mueven. Lo malo que había contra mí ya no está. Ya no tengo por qué gritar... Además, que por aquí hay claridad... Me dan ganas de entornar los ojos. Risa. ¡Qué bonita la claridad!... Me estiro para cogerla. Es una lata que «yo» me mueva tan poco cuando quiero moverme. Mamaré la claridad. No tiene gusto y no se deja mamar. ¡Y si gritara? ¡Anda! mis manos se mueven.

»Pero... hay algo mejor que todo esto. ¡Qué! ¡Ay!... Bruma..., lo he olvidado. Me cansa el acordarme de esa cosa buena. Inmovilidad, tensión hacia el recuerdo. Un grito que hace moverse la oscuridad y la claridad a mi alrededor. Calma. Observación pacífica de lo que me envuelve. Sensación de existir.

»Cosa nueva. ¡Ah!, cosa nueva, desagradable. Es oscuridad, seguramente, porque lo malo es la oscuridad Pero esta oscuridad no la veo. Está en mí. Me atormenta. Me agito para sacudirla, expulsarla. Pero no se va, aumenta. Me agito, me estiro, hucho. Afirmando mi existencia, mi defensa, contra lo que es malo. Mi frente se arrugó, me muevo, gimo... ¡Victoria! Ya no hay oscuridad interior. Libertad. Calma... Momento excelente. Decididamente, vivir es agradable.

»Vivir es ag... No... vivir no es agradable. Estaba muy bien en el momento de mi victoria contra la oscuridad interior... Y ahora resulta que en seguida ya no estoy bien... ¿Por qué? ¡Ah!... ¡Bruma!... ¡Ignorancia!... Algo me pica y me moja no sé dónde... muy lejos de aquí, donde pienso... Tengo que gritar: lo malo acabará por marcharse, como siempre. La oscuridad y la claridad se agitan alrededor, buena señal; seguiré gritando... Me levantan, me quitan el calor; gri-

to... Se fué el picor y la humedad; estaría bien si no me moviesen tanto; grito más... ¡Ay! cuánto me molestan. ¿Es que no van a terminar de mojarme? grito otra vez. ¡Anda! algo agradable a través de la bruma... No se ve, penetra en la cabeza deliciosamente... Es como el ruido que hago yo gritando, pero más suave... un grito que fuese tranquilo, seguido, acariciante... Me olvido de gritar, y tengo que gritar... ¡Ah!, ya estoy como antes: no me mueven... Cansancio... Desaparición de todo, hasta «yo». Sueño.

»... Nueva reaparición de «yo». ¿Por qué me despierto? ¡Ah! ya sé... Necesito esa cosa buena que deseo siempre, hasta cuando no me acuerdo bien de lo que es. Ahora si me acuerdo: se aprieta con los labios y se tira; dulce en la boca y después, por toda yo, se extiende lo bueno. Eso lo tengo, como todo, gritando. La bruma se mueve. Si creen que porque cantan o hablan me voy a callar, se equivocan; mientras no me den la cosa buena, gritaré. Quiero mamar... Quiero... ¡Ah!, me levantan... Ya no grito... Yo soy toda deseo... Ya está lo bueno en mi boca, lo dulce, lo tibio, y el bienestar por toda «yo»...

¿Te ríes, Francisca? Mientras das a tu hija su ración de leche materna, haces burla de este psicólogo impertinente que pretende hilvanar lógicamente el rosario de las ideas de Francisca II. Y, poniendo un fogoso beso en la cabecita calva, dices:

—¿Verdad, preciosa, que el tío está chiflado? ¿Verdad que eres demasiado pequeña para tener pensamientos, por muy pequeñitos que sean?... Díselo, monina, dile: «Señor psicólogo, dice usted unas tonterías más grandes que yo»

De acuerdo, querida sobrina. La continuidad,

que he tenido que suponer, en los pensamientos de tu hija, no existe. Francisca II no tiene, es cierto, conciencia de que es una persona, ni de que lo que se despierta en ella es lo que se dormía hace un momento: y he ahí el defecto capital de mi hipótesis. Pero tú no puedes negar (y es lo que en mi comentario me esforzaba por dilucidar), que ese pequeño ser tiene con el mundo exterior un contacto consciente, aunque incontinuo; no puedes negar que tiene deseos y que desconoce el medio de satisfacerlos. Hay ya sombra de ideas y sombra de voluntad; ¡y no tiene aún dos meses! Y ya aparece en él ese elemento que será para nosotros el principal factor de la educación. «La costumbre». Como hay deseos violentos, si le cedemos siempre, la mala costumbre arraigará pronto, viciando la educación en su principio. Por consejo mío dejaste gritar a Francisca II las primeras noches, mientras tuvo ganas, sin darle el pecho. Después de una lucha bastante larga, has conseguido que duerma casi siempre la noche entera. Y asimismo empiezas a disciplinar... ¿cómo decirlo?... las costumbres complementarias de la nutrición; y sólo por sorpresa o habilidad escapa Francisca II a las maneras correctas, de eso que las «nurses» inglesas denominan púdicamente «number one» y «number two»

\* \* \*

«¡Number one!» «¡Number two!» Graves asuntos de inquietud para las madres de los recién nacidos ¡Es que la infancia humana no tiene la serenidad y suavidad que es natural en los lirios! «El señor duque del Maine—escribe Mme. de Maintenón—tiene cuartanas; el señor conde de

Vexin tiene un desvío intestinal; la señorita de Mantes acaba de recaer...» Nada poética era la manera que tenían aquellos pequeñuelos de indicar con precisión si seguían bien, medianamente o mal. ¡Desgraciadas las madres que, por exceso de sensibilidad nerviosa, delegan enteramente en una mercenaria ese examen augural! Pero, ¿existen esas madres?...

Más bien las hay que en sentido contrario pecarían por exceso, que se preocuparían demasiado de «eso», que hablarían excesivamente de «eso». Todos los amigos del doctor Tasqué conocen, por confidencias de su señora, los resultados de las digestiones del «embutido científico». ¿Te acuerdas de la excursión que hicimos a Fontainebleau con el doctor y su mujer? ¡Ah, cuánto costó a la buena Amalia abandonar durante diez horas a su bebé, que estaba entonces como el conde de Vexin! Se decidió, dejándole al cuidado de la encantadora Silvia, pero con la condición de que para tranquilizarla, le enviarían un telefonema al hotel en que debíamos comer...

El parte se hizo esperar. Aún no había llegado, cuando tuvimos que sentarnos a la mesa, en el comedor, que estaba lleno. No podíamos evitar que, a cada instante, se levantase la señora de Tasqué para ir al escritorio.

Al fin, la vimos aparecer, radiante, agitando el papel azul, y sin preocuparse del auditorio, nos gritó desde la puerta el texto del telefonema:

—¡Una sola vez!... y duro... ¡botón de oro!

¿Verdad, Francisca? Aquello fué más conmovedor que ridículo.